



CIP-ECOSOCIAL

EL CENTRO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ (CIP-ECOSOCIAL) ES UN ESPACIO DE REFLEXIÓN, ENCUENTRO Y DEBATE QUE ANALIZA LAS TENDENCIAS Y LOS CAMBIOS PROFUNDOS DE NUESTRO TIEMPO DESDE UNA PERSPECTIVA CRÍTICA Y TRANSDISCIPLINAR.

CREADO POR FUHEM EN 1984, SE DEDICÓ EN SUS INICIOS AL ANÁLISIS DE LA AMENAZA QUE SUPONÍA LA GUERRA FRÍA. EL ESTUDIO DE LA GLOBALIZACIÓN, LA ECOLOGÍA, LAS MIGRACIONES, LAS IDENTIDADES Y LA EDUCACIÓN PARA LA PAZ Y EL DESARROLLO HAN IDO ENRIQUECIENDO SU VISIÓN A LO LARGO DE LOS AÑOS. EN LA ACTUALIDAD, EL CENTRO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ ASUME UN ENFOQUE ECOSOCIAL QUE VINCULA LAS RELACIONES DEL SER HUMANO CON SU ENTORNO SOCIAL Y NATURAL. A PARTIR DE TRES DE LOS GRANDES RETOS DE LA SOCIEDAD ACTUAL COMO SON LA SOSTENIBILIDAD, LA COHESIÓN SOCIAL Y LA CALIDAD DE LA DEMOCRACIA, EL CENTRO ESTABLECE SUS TEMAS CENTRALES. MÁS INFORMACIÓN EN: WWW.FUHEM.ES/CIP-ECOSOCIAL/

ANDREW GLYN

ECONOMISTA MARXISTA, IMPARTIÓ DOCENCIA EN LA UNIVERSIDAD DE OXFORD Y EN EL CORPUS CHRISTI COLLEGE. LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO, EL CAPITALISMO DE POSGUERRA, EL DESEMPLEO Y LA DESIGUALDAD FUERON SUS PRINCIPALES ÁMBITOS DE ESTUDIO Y REFLEXIÓN. TRABAJÓ COMO ASESOR DEL NATIONAL UNION OF MINeworkERS. FUE CONSULTOR DE LA OIT Y DEL H. M. TREASURY Y EDITOR ADJUNTO DE *OXFORD REVIEW OF ECONOMIC POLICY*. AUTOR DE NUMEROSOS ARTÍCULOS Y DE VARIOS LIBROS. ALGUNOS DE ELLOS COLECTIVOS, ENTRE SUS ÚLTIMAS OBRAS DESTACA *SOCIAL DEMOCRACY IN NEOLIBERAL TIMES*, *CAPITALISM UNLEASHED*, QUE SE PUBLICA AHORA EN CASTELLANO, Y *BRITISH CAPITALISM, WORKERS AND THE PROFIT SQUEEZE*, CON BOB SUTCLIFFE, Y *CAPITALISM SINCE 1945*, CON PHILIP ARMSTRONG Y JOHN HARRISON.

Andrew Glyn

Capitalismo desatado

FINANZAS, GLOBALIZACIÓN Y BIENESTAR

Traducción de
Estrella Trincado Aznar



COLECCIÓN ECONOMÍA CRÍTICA Y ECOLOGISMO SOCIAL

CONSEJO ASESOR
SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA
CARLOS BERZOSA
ÓSCAR CARPINTERO
CRISTINA CARRASCO
ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS
JORGE RIECHMANN

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: ESTUDIO PÉREZ-ENCISO
DISEÑO DE CUBIERTA: JACOBO PÉREZ-ENCISO

TRADUCCIÓN DE ESTRELLA TRINCADO AZNAR
INTRODUCCIÓN DE ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

TÍTULO ORIGINAL: *CAPITALISM UNLEASHED. FINANCE, GLOBALIZATION AND WELFARE*

CAPITALISM UNLEASHED. FINANCE, GLOBALIZATION AND WELFARE WAS ORIGINALLY PUBLISHED IN ENGLISH IN 2006. THIS TRANSLATION IS PUBLISHED BY ARRANGEMENT WITH OXFORD UNIVERSITY PRESS. CAPITALISMO DESATADO. FINANZAS, GLOBALIZACIÓN Y BIENESTAR SE PUBLICÓ ORIGINARIAMENTE EN INGLÉS EN EL AÑO 2006. ESTA TRADUCCIÓN SE PUBLICA POR ACUERDO CON OXFORD UNIVERSITY PRESS.

© ANDREW GLYN, 2006

© CENTRO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ (CIP-ECOSOCIAL)
DUQUE DE SESTO, 40
28009 MADRID
TEL. 91 576 32 99
FAX. 91 577 47 26

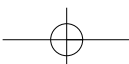
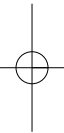
© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2010
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

CAPITALISMO DESATADO.
FINANZAS, GLOBALIZACIÓN Y BIENESTAR

ISBN: 978-84-8319-493-5
DEPÓSITO LEGAL: M-12.325-2010

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE. QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

A MILES, LUCY, TESSA Y JONATHAN



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN de Ángel Martínez González-Tablas 9

PREFACIO 33

CAPÍTULO 1. DESAFÍOS AL CAPITAL 41

CAPÍTULO 2. AUSTRERIDAD, PRIVATIZACIÓN
Y DESREGULACIÓN 69

CAPÍTULO 3. FINANZAS Y PROPIEDAD 101

CAPÍTULO 4. GLOBALIZACIÓN Y RELACIONES ECONÓMICAS
INTERNACIONALES 135

CAPÍTULO 5. RETROCESOS DEL TRABAJO 167

CAPÍTULO 6. CRECIMIENTO Y ESTABILIDAD 197

CAPÍTULO 7. BIENESTAR Y DESIGUALDAD
DE LA RENTA 231

EPÍLOGO 265

APÉNDICE DE DATOS 277

BIBLIOGRAFÍA 291

INTRODUCCIÓN

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS*

Estamos ante un libro sobre el funcionamiento de las economías desarrolladas, terminado en el inicio de 2007, que conserva tres años más tarde plena actualidad, a pesar de lo que, bajo formas aparentemente novedosas, ha caído y sigue cayendo en nuestro entorno. Un resultado tan sorprendente sólo es explicable por el perfil del autor, la delimitación del producto, la perspectiva de su mirada y la selección de su contenido, combinación que, a pesar de limitaciones y omisiones, permite una comprensión rica de la crisis económica y destila enseñanzas que lo son aún más.

En tiempos de excesos y carencias, el perfil de Andrew Glyn es singular. Cuando en economía se tiende a valorar la cantidad de lo que se publica y lo sofisticado del tratamiento formal de apoyo, Glyn destaca por lo mesurado de su obra, por su rigor conceptual y por su riqueza empírica —en suma, por su sustancia económica, en las antípodas del *rigor mortis* con que Robert Heilbroner caracteriza a la ortodoxia económica al uso—, logrando que sus trabajos permanezcan como referencias de los periodos y temáticas que abordan¹. Al mismo tiempo, frente al académico encerrado en su torre de marfil o dedicado a la productiva facturación de servicios al *establishment*, la trayectoria de Glyn está marcada por el compromiso y la proximidad a los movimientos sociales. Estamos ante un autor con trayectoria, un docente que procede de Eton, profesor en Oxford,

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

entregado a su función y, a la vez, alérgico a la banalidad de los modos rituales, al que hasta los discrepantes valoran, como muestra el obituario de *The Times* (8 de enero de 2008) cuando reconoce que tuvo la rara honestidad de someter sus puntos de vista al implacable contraste de los hechos históricos, siempre profundamente respetuoso de las opiniones de los demás, un radical ideológico que se mostró como uno de los más preclaros exponentes de uno de los métodos de enseñanza más tradicional, el sistema de tutorías socráticas practicado en Oxford.

SOBRE EL CONTENIDO

El libro ni pretende hablar de todo, ni busca respuestas absolutas para las cuestiones que trata, delimitando con nitidez lo que aborda y lo que excluye, de modo que tanto autor como obra resaltan por su honestidad y coherencia. En una entrevista concedida a *Socialist Review* en julio de 2006, Glyn subrayaba que con este libro “quería establecer y encontrarle sentido al cambio producido en la economía mundial en los últimos treinta años. De 1960 a 1980, el principal problema para la clase capitalista derivaba de la fortaleza del trabajo. Esa amenaza ha disminuido. Quería analizar el porqué y dónde radicaban ahora los principales problemas de la economía mundial”. Por lo tanto, el foco se sitúa en el comportamiento de las economías desarrolladas desde la década de los años setenta hasta el primer lustro del siglo XXI, es decir, desde los años en que se detuvieron sus anteriores trabajos hasta la inmediata antesala de la crisis actual, o dicho con sus propias palabras, “una breve historia de cómo se consiguió realizar esta transición y [...] el impacto en el crecimiento, la estabilidad y la igualdad de una libertad de empresa absoluta” (p. 33). Es cierto que con este planteamiento estrecha el foco —al dar entrada al mundo subdesarrollado y al conjunto de la economía mundial sólo en la medida en la que afecten al funcionamiento de los países ricos— pero también lo es que, desde el punto de vista de la dinámica estrictamente económica, es en estos países privilegiados en los que radica el origen y la determinación de buena parte de los procesos que afectan luego al conjunto de la

INTRODUCCIÓN

economía mundial. Mantiene la tesis de que el conflicto distributivo entre capital y trabajo en las economías desarrolladas ha dejado de ser la problemática principal para su funcionamiento y que hay nuevos elementos que tienen que ser tomados en cuenta —como el crecimiento del sector financiero, la expansión de la producción manufacturera hacia productores de bajos salarios en el Sur y la irrupción de una nueva tecnología que dista de favorecer a los menos cualificados—. En su opinión, “es inútil especular sobre un episodio futuro de la historia del capitalismo sin intentar entender el actual” (p. 38), caracterizados por lo que es el tema principal del libro: “el giro extraordinario que se ha producido en las fortunas relativas del trabajo y el capital a lo largo de los pasados treinta años” (p. 275).

En el libro sobresalen dos rasgos. De un lado, la utilización del material empírico, combinando riqueza y criterio en el manejo de la información estadística, de modo que ni construye su discurso eludiendo el análisis de los datos, ni los árboles (en forma de estadísticas) le impiden ver el bosque (la interpretación de su significado)². De otro lado, consigue exponer de forma sencilla temas altamente complejos, lo cual no es nada fácil. Como dice Pollin, en la recensión del libro publicada en el n^o 46, de julio-agosto de 2007, de la *New Left Review*, “una medida crucial de su destreza como economista es su habilidad para presentar el material técnico más importante de la forma más sencilla sin por ello comprometer su sustancia”.

En suma, quienes se acerquen al texto buscando la anécdota o el comentario sobre los acontecimientos —de los que se ocupan habitualmente las páginas dedicadas a información económica en la prensa general o especializada— se sentirán defraudados. En cambio, quienes sientan la necesidad de trascender la apariencia de los procesos, los pronunciamientos retóricos de los encuentros internacionales y las opiniones construidas desde la necesidad de hacerse oír —haya mucho o poco fundamento en lo que se dice— encontrarán en estas páginas un excelente análisis del núcleo de la crisis, a pesar de que sólo haya incrustaciones de financiarización y globalización en el discurso y de que apenas se introduzca la dimensión ambiental y se ignore completamente la perspectiva de género y cuidados.

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

El libro hace, desde el espacio de la *economía política*, un análisis de más calado que los habituales, en el que consigue situar en la lógica subyacente del sistema económico el significado de los rasgos más actuales —sean las nuevas finanzas, las tecnologías de la información o la globalización— sin perderse en las manifestaciones fenomenológicas de lo observado, sin eludir la complejidad y sin cabalgar en interpretaciones apriorísticas que a la postre suelen ser lecturas mecanicistas de un aparato epistemológico, construido desde la crítica de la economía política, enfoque epistemológico que objetivamente es mucho más abierto de lo que postulan algunos seguidores necesitados de dogmas.

Si lo comparamos con otras obras recientes sobre la crisis y sus salidas, la mirada de Glyn se sitúa en un registro distinto del que allí utilizan³. No se centra en la dimensión financiera que la desencadena y que puede determinar su devenir (como podría ser el caso de Lordon), ni pretende a su hilo recuperar lo más irreducible del enfoque keynesiano (Skidelsky o Akerlof), ni se sumerge en los hitos del proceso, en la diversidad de sus planos y en el desbordamiento de la literatura especializada que, en abigarrada amalgama, pugna por conformar el pensamiento económico dominante (De la Dehesa), ni plantea propuestas desde un descarnado deber ser, defendidas sin ambages como tales, al margen de que estén en radical ruptura con la base social y la lógica reproductiva en que se asienta lo que existe (todos los enfoques del decrecimiento y, en especial, Latouche). Su pretensión es más modesta, aunque, tal vez, en su aparente modestia anide su valor y su potencia interpretativa. Glyn se limita a estudiar de forma sucesiva el punto en el que se encontraban las economías desarrolladas cuando en la década de 1970 termina la *Época Dorada*, los términos en los que a continuación se produce la contrarrevolución, en especial en la política macroeconómica, la subsiguiente derrota que sufre el mundo del trabajo, para terminar analizando los resultados del proceso en términos de crecimiento y estabilidad. Sólo eso y todo eso.

Empieza analizando la situación de los *países desarrollados al término de la Época Dorada*, poniendo el énfasis en la rentabilidad y en las relaciones capital-trabajo (capítulo 1). Mantiene la tesis de que el éxito de la *Época Dorada* acaba por socavar sus propios

INTRODUCCIÓN

fundamentos, porque trajo pleno empleo, fuerte demanda de energía y materiales, condiciones para que Europa y Japón recuperaran su atraso relativo respecto a los Estados Unidos, uso y agotamiento de las tecnologías existentes, sobre un fondo en el que parecía vislumbrarse la posibilidad de modelos de desarrollo alternativos. Sucede así porque en una economía capitalista la acumulación de capital es un objetivo básico, pero su crecimiento continuado termina por beneficiar al trabajo, al fortalecer a los sindicatos propiciando cobertura del desempleo, disminución del número de horas trabajadas, conflictos laborales, subida de los salarios nominales, inflación y, a la postre, compresión de los beneficios, por la combinación de presión salarial y una competencia internacional que dificultaba las subidas reactivas de precios. En paralelo, el éxito de la apuesta por la multilateralidad desemboca en desorganización internacional, al erosionarse la posición dominante de los Estados Unidos, subir el coste de materias primas, alimentos y energía, desequilibrarse las balanzas de pagos por las evoluciones divergentes de inflación y productividades, minando el sistema de tipos de cambio fijos nacido en Bretton Woods. La propia difusión y uso de la familia de tecnologías disponibles llega un punto en el que ralentiza la evolución de la productividad, a medida que decrece la inversión, el proceso de *catching up* de los niveles norteamericanos casi ha culminado, el "fordismo" choca con sus límites, empieza a ralentizarse el crecimiento y, como bien señala Jordi Roca en la recesión antes mencionada, pierde consistencia el subsidio energético. Sucede todo esto, mientras que en el trasfondo se mantienen o surgen retazos de lo que en algún lugar era y con carácter más general podría llegar a ser un sistema alternativo; no es sólo el ejemplo todavía aparente del socialismo real, sino que es el alza de la participación del Estado en el PIB y la cadena de propuestas que, aquí y allá, parecen cuestionar los derechos del capital en la esfera que le es más genuina: la empresa privada, que se siente amenazada por la importancia relativa y las pretensiones de las industrias nacionalizadas.

Establecido el punto de partida, disecciona a continuación los términos en los que se produce la *contrarrevolución*, en especial en la política macroeconómica (capítulo 2), centrándola en los ámbitos

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

monetario, fiscal, de provisión de servicios públicos y de desregulación del mercado de trabajo. Constata que se pasa a una política monetaria restrictiva y monetarista como reacción frente a las turbulencias de los años setenta, señalando con ironía que “el concepto de la NAIRU [...] en realidad encubre el concepto de *ejército industrial de reserva* de Marx” (p. 77). El deliberado endurecimiento de la política fiscal implica el repudio de su uso expansionista para mantener la demanda y el empleo, mientras que la privatización de las industrias nacionalizadas —en beneficio de la City y los gestores y en perjuicio de los trabajadores de esos sectores fuertemente sindicalizados— se hace sin tomar en cuenta que las pretendidas consecuencias positivas hubieran podido alcanzarse por otras vías, que no requerían la desaparición de la propiedad pública. Algo muy similar sucede con la provisión de servicios públicos —cuyo cambio al ámbito privado se argumenta por unos pretendidos ahorros de costes más vinculados a controles financieros y competencia que a la privatización propiamente dicha— que hace accesibles extensos sectores de la economía a la valorización de los capitales privados. Finalmente, la desregulación del mercado de trabajo “se ha promovido enérgicamente a pesar de la débil evidencia de la magnitud de sus beneficios y el casi total olvido de sus costes” (p. 96).

En este contexto, registra, con apasionado escrúpulo de forense, la *derrota del trabajo* (capítulo 5) y no duda en afirmar que “el crecimiento del desempleo es un poderoso símbolo del debilitamiento del poder de los trabajadores, dado que el mayor beneficio de la Época Dorada fueron las ínfimas tasas de desempleo” (p. 167), de modo que el periodo que se inicia en 1979 proporciona un contraste extraordinario con los avances de los treinta años precedentes en lo que concierne a empleos, salarios, condiciones de trabajo y representación de los trabajadores. Los resultados no son uniformes en todos los países, pero subyacen elementos comunes que conciernen a la desindustrialización, al impacto particularmente negativo sobre los trabajadores no cualificados —afectados por el cambio tecnológico, la competencia con las economías de bajos salarios, la posibilidad de contratar para los mismos puestos a trabajadores más cualificados y la debilidad sindical—, al estancamiento de los salarios reales, a la apertura de la desigualdad en el

INTRODUCCIÓN

seno de los asalariados, a la descentralización de la negociación colectiva y al cuestionamiento recurrente del nivel de cobertura del paro.

Tampoco duda en aproximarse, con distancia y cuidado, a los resultados del proceso en términos de *crecimiento y estabilidad* (capítulo 6). En vísperas del desencadenamiento de la crisis en 2007, no duda en afirmar que a comienzos del siglo XXI los desafíos de los años setenta parecen haber sido decisivamente superados: apuntan en esa dirección las cotizaciones bursátiles, el nivel insignificante de huelgas, la inflación controlada, la evolución a un ritmo nada amenazante de los salarios reales, la substancial recuperación de los beneficios, los precios de petróleo y primeras materias al nivel de los años sesenta, la recuperación del dólar, la aparición del euro y el colapso de las economías socialistas. Pero, como veremos, Glyn está lejos de dejarse deslumbrar por el brillo de esos logros, porque inmediatamente se lanza a analizar hasta qué punto se obtienen los resultados esperables de la supuesta racionalización de las actividades existentes, de la recuperación de la rentabilidad y del incremento de la inversión. Considera que el verdadero puzzle se encuentra en los quince años que arrancan en 1990 y se pregunta: "¿Por qué la combinación de estabilización macroeconómica, que implica la vuelta a una baja inflación y el desbloqueo de las fuerzas del mercado, ha fracasado a la hora de generar un incremento en la tasa de crecimiento?"⁴ (p. 199). Al analizar el comportamiento específico de las grandes economías desarrolladas constata la agresiva política de recorte de costes, los nichos sectoriales de incremento de productividad, la contribución del consumo privado y del creciente déficit público, así como el recorte sin precedentes en los tipos de interés en los Estados Unidos, mientras que se pregunta con sorpresa que "es difícil justificar que la regulación, que se estaba aminorando, pudiera haber causado la ralentización de Europa" (p. 215).

Al volver la vista atrás, pone en cuestión el significado último del crecimiento, a pesar de haberlo tomado en cuenta como algo de importancia central en su análisis, aunque es cierto que lo hace más como reflexión que como estrategia. Se pregunta frontalmente si realmente, hoy en día, nos beneficiamos del crecimiento del volumen de

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

la producción, ya que los niveles confesados de bienestar personal no han mejorado significativamente a pesar de la substancial elevación a largo plazo en la renta per cápita, haciendo explícito que intervienen otros factores explicativos que pueden ir del ingreso personal relativo, a las consecuencias que se derivan del tiempo que la unidad familiar dedica a trabajar, la propia satisfacción en el trabajo o lo que implica no llegar a tenerlo. No obstante, el punto fundamental para Glyn es que los beneficios de una mayor productividad por hora trabajada, que el capitalismo parece capaz de continuar suministrando, ofrece a la sociedad distintas opciones, de las que ciertamente la primera es una mayor producción per cápita, pero sin que se deba ignorar que también podría plasmarse en una reducción de las horas trabajadas. Es, indudablemente, una reflexión lúcida que, al ser realizada desde lo que estrictamente permite el cuerpo clásico, deja fuera dos aspectos cruciales: la dimensión ecológica, que pondría sordina a la confianza ilimitada en el crecimiento de las fuerzas productivas, y la perspectiva que proporciona la inclusión del ámbito de reproducción de la fuerza de trabajo y los cuidados, que trastoca la percepción tanto de la realidad actual como de los itinerarios de futuro.

En último lugar, Glyn se ocupa del comportamiento y significado del *Estado del bienestar* y de las manifestaciones de la desigualdad, dejando entrever que en ese espacio aún late un hábito de posibilidad (capítulo 7). Considera que altos niveles impositivos y de gasto social no son incompatibles con el dinamismo; cree, además, como afirma en su entrevista en *Socialist Review*, "que es posible generar ingresos fiscales suplementarios para sostener el Estado del bienestar", siempre que los ciudadanos estén dispuestos a pagar por ello, dado que, a la postre, todo depende del respaldo político y la disciplina colectiva. Sin embargo, es escéptico en cuanto a que puedan sustentarse sobre bases progresivas, ya que ese plus de ingresos fiscales acaba por descansar en impuestos adicionales sobre trabajo y consumo. Esta posibilidad no sólo se da, según él, en una economía cerrada, sino que sigue existiendo en un contexto de globalización, porque ésta, en su opinión, no importa restricciones en el gasto social donde no existía ninguna con anterioridad. Las diferencias en los perfiles distributivos de los distintos

INTRODUCCIÓN

países permanecen y no convergen hacia una mayor desigualdad; en suma, no estamos ante una consecuencia irresistible proveniente de cambios en la economía mundial, porque "el Estado del bienestar se creó por la acción política y ha sido defendido ella bajo las ya difíciles circunstancias de las tres décadas pasadas" de modo que "los cambios adversos que se han producido en la distribución de la renta no pueden verse como el simple resultado inevitable y natural de las fuerzas de mercado" (p. 255). Pollin critica la virtualidad de la confianza que manifiesta Glyn, tachándola de falta de realismo, pero, en el fondo, los argumentos que esgrime se vuelven contra su propio discurso en favor de un capitalismo embridado, porque en ambos casos la pregunta es la misma: ¿de dónde puede provenir el poder político necesario para presionar a favor de un Estado del bienestar más profundo? Yo también le preguntaría a Pollin ¿dónde reside el poder político y la fuerza social para aproximarnos a un pleno empleo con trabajos decentes, para regular con firmeza las finanzas especulativas, para conseguir aumentos en la inversión y la propiedad pública, para dar otra orientación a las decisiones privadas de inversión, para promover mayor productividad en un entorno ambiental limpio, para conseguir una mayor igualdad y unos mercados internos con mayor peso relativo? El poder y no sólo el discurso. Volveremos en breve sobre ello.

LIMITACIONES Y OMISIONES

La riqueza del fresco que nos ofrece Glyn brilla con luz propia a pesar de limitaciones y omisiones, que pueden subrayarse sin que por ello se esfume el valor de la obra. Es cierto que hace una lectura menor de la globalización económica, que se limita a reflejar lo que implica la financierización (sin ir más allá de los análisis establecidos), que ignora lo que desvelan y cuestionan las actividades relacionadas con la reproducción de la fuerza de trabajo y los cuidados, sin tampoco incorporar al núcleo de su cuerpo interpretativo lo que implica la dimensión medioambiental.

Apunta en la dirección correcta cuando toma la *globalización* (capítulo 4) como integración económica internacional, pero lo

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

que luego retoma el vuelo en su discurso es el análisis de las relaciones económicas internacionales, y no tanto la globalización económica en sentido fuerte, entendida como mundialización de la economía capitalista, con lo que no llega a utilizarla con profundidad en el análisis, ni se enfrenta con las implicaciones de la mundialización simultánea de todos los momentos de la actividad económica. Analiza con sutileza los desequilibrios endémicos en la balanza por cuenta corriente de los Estados Unidos, con los flujos de capital que inducen y los prestamistas internacionales que requieren, subrayando que se trata de un problema a largo plazo de enorme entidad y tratamiento incierto. Se detiene, luego, en lo que implica el ascenso de la economía china como fuente de mercancías baratas, inagotable reserva de fuerza de trabajo, ambivalente sostén y amenaza para el dólar y centro captador de inversiones. Alude también a la acumulación de capital a escala mundial, pero se limita a analizar las tasas de formación de capital fijo en diversos países y periodos, de la misma forma que cuando parece que va a ocuparse de verdad de la integración económica a escala mundial, se desliza de forma sucesiva por el análisis del comercio, la inversión extranjera y las migraciones, sin llegar a dar el salto necesario para interpretar esas manifestaciones de forma articulada.

En el capítulo 3, dedicado a las finanzas, mezcla lo que podríamos considerar concerniente a la *financiarización* con la globalización financiera, sin diferenciar ambos fenómenos ni aportar nada novedoso en su interpretación, ocupándose con buen criterio del ascenso del sector financiero, del impacto en el consumo de las familias, del *boom* bursátil y del efecto de todo ello en el gobierno corporativo, sin ocultar que hay aspectos de las finanzas internacionales que pueden resultar extremadamente perjudiciales para la capacidad de la economía. Hay un punto de su argumentación —cuando afirma que “el interés de las empresas financieras y las grandes empresas industriales no difiere” (p. 102)— que me parece discutible, porque parece ignorar la conversión de segmentos de las altas finanzas en capital ficticio, una riqueza que al abandonar las funciones propias del sistema financiero lesiona los intereses del capital social en su conjunto. Se trata de un aspecto poco resaltado, pero amplio en consecuencias. Señala, en cambio, con brevedad,

INTRODUCCIÓN

que los principales beneficiarios han sido los grandes ejecutivos y los especuladores de éxito, mientras que los perdedores hay que encontrarlos entre los trabajadores que ven esfumarse sus puestos de trabajo, deteriorarse las condiciones para prestarlo y amenazadas sus pensiones, así como los inversores poco informados.

Hay otros aspectos ausentes o insuficientemente desarrollados, que aunque lastran en cierto modo el alcance del libro, invitan y permiten su inclusión sin que lo tratado pierda entidad, si bien hacerlo conlleva una reformulación epistemológica que dista de ser obvia o sencilla.

Es el caso de la *reproducción de la fuerza de trabajo y las actividades de cuidados*, aspectos que tienen objetivamente una gran importancia en el funcionamiento de las economías desarrolladas, una importancia que aparece velada, que permanece oculta, porque los análisis al uso, de uno y otro lado del espectro ideológico, no lo incluyen en su campo de visión, no lo toman en consideración. Sin embargo, no debe ignorarse que, en la práctica, sólo cobrará la importancia que objetivamente le es debida, tanto ahora como en el futuro, si las personas y colectivos afectados exigen su toma en consideración, lo que a *contrario sensu* equivale a decir que, mientras no lo hagan, la sociedad podrá actuar ignorándolo, conceptual y operativamente, por muy real y determinante que sea su existencia, por mucho que el cuadro de la realidad social que propicia su inclusión sea más rico, su lectura otra y las necesidades y posibilidades de actuación diferentes. La dimensión de género que subyace en este tema, puede convertirse en una verdadera fuerza estructurante para el futuro de la economía mundial⁵, pero sólo lo será si llega a crearse una dinámica social que impida ignorarlo y exija su toma en consideración. En suma, se necesitará un contexto para la afloración de la economía oculta de reproducción de la fuerza de trabajo y cuidados, que intuyo que de forma plena sólo puede llegar como componente de propuestas que se formulen, inspiradas en otra lógica, frente al agotamiento sistémico del capitalismo, sin perjuicio de que prosiga la lucha por objetivos puntuales y la elaboración de un discurso construido a partir de la inclusión de esta perspectiva.

Aunque Glyn lo haya tratado en trabajos anteriores, la *dimensión medioambiental* sólo aparece en el libro como restricción, algo

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

que a estas alturas parece insuficiente, porque su inclusión obliga a reubicar al sistema económico como un subsistema abierto, exige repensar las categorías, impone otra lógica en la interpretación de la actividad económica y solicita otras formas de medición de la producción de la existencia social. Si, como pretende Glyn, queremos analizar el porqué y dónde radican ahora los principales problemas de la economía mundial, no podemos traer a colación los problemas ambientales como amenaza o como simple restricción, porque deformaríamos la verdadera problemática con la que actualmente se enfrenta la humanidad y sería a todas luces insuficiente para entender dónde estamos y cuál es la complejidad de los desafíos a los que se enfrenta la economía mundial.

ENSEÑANZAS PARA LA LECTURA DE LA CRISIS ACTUAL

Estas limitaciones no le impiden apuntar los *riesgos* presentes, riesgos que la crisis inmediata posterior ha convertido en realidades en algunos casos y que encuentran en el libro una interpretación menos anecdótica de la que a menudo suele ofrecerse en publicaciones en apariencia más específicas. Su premonición más notoria concierne a la amenaza de crisis financieras. Se pregunta si la creciente complejidad del sistema financiero puede inducir una gran crisis financiera que traiga consigo una prolongada recesión y se responde diciendo que cabe esperar que las tendencias se combinen para hacer a las economías más vulnerables a las crisis financieras y, en general, inestables, con el resultado de mayores fluctuaciones en la producción, porque en su opinión "sería un error suponer que la mayor sofisticación de los mercados financieros de los países de la OCDE supone un seguro contra las dificultades financieras", ya que "el sistema financiero global se puede ver amenazado por la incansable búsqueda del valor a pesar de los cada vez más complejos mercados financieros" (p. 224), con lo que "deben haber aumentado las oportunidades de una crisis financiera importante" (p. 225). Una preclara anticipación de lo que inmediatamente después ha sucedido. Pero tiene también reflexiones útiles respecto a lo que puede aún suceder. Lo son las que argumentan que, de un lado, el suministro de liquidez

INTRODUCCIÓN

a los mercados financieros puede crear un exceso de confianza, incrementando los niveles de asunción de riesgo y con ello una mayor fragilidad financiera a largo plazo; de otro lado, si los bancos intentan y aplican requerimientos de capital más exigentes vendiendo activos y restringiendo el crédito en una recesión, pueden a la postre hacerla peor y deteriorar también su posición colectiva.

Además de lo que explícitamente aporta su lectura, del libro se destilan enseñanzas indirectas, provenientes del análisis que Glyn realiza del decurso de los últimos treinta años, enseñanzas que son de gran importancia para el futuro. Subrayo cuatro que se entrelazan y que influyen en la forma en la que podemos aproximarnos a la salida de la crisis y a los eventuales escenarios: el anclaje sistémico, la reversibilidad de los procesos, la presencia de intereses sociales diferenciados y la importancia del poder.

Al referirme al *anclaje sistémico* señalo que en Glyn la lógica del sistema económico capitalista actúa a modo de centro gravitatorio inexorable, de manera que no hay viabilidad duradera en el espacio exterior al universo que acota. Aunque esa lógica no esté delimitada de forma mecanicista —al estar modulada por influencias sociales, ideológicas, morales y políticas— en última instancia esa lógica existe y es determinante, con lo que no se pueden interpretar los procesos socioeconómicos ignorándola. Existen límites que, si son transgredidos, propician e inducen procesos reactivos en los que se diluyen logros sociales, que resultan ser más temporales que lo que su percepción inmediata hubiera podido hacer pensar ¿cuál es el límite de lo posible en el seno del sistema económico capitalista? No hay una respuesta única. Pero en los sucesivos momentos históricos, en los contextos espacio temporales específicos, esos límites existen y determinan reflujos, cuya contingencia no es tanta como pudiera parecer. Esta tesis no tiene por qué derivar hacia una lectura mecanicista de la historia, pero es difícil leer el margen de juego que en realidad existe si se da la espalda a esta constatación y a la dinámica que induce. Veamos. La tasa de rentabilidad de los capitales puede verse erosionada durante un periodo de tiempo, pero es dudoso que pueda reducirse de forma duradera más allá de un punto sin que la trama del propio sistema propicie, por unas u otras vías, su recuperación o, lo que viene a ser lo

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

mismo, es difícil que las conquistas sociales, si se obtienen a costa de una reducción de la tasa de rentabilidad más allá de lo que los capitalistas consideran soportable, puedan permanecer sin cuestionar el propio capitalismo, es decir, sin superarlo. Para quienes cuestionan la lógica del sistema capitalista la dificultad estriba, pues, en conocer esos límites, en asumir selectivamente exigencias insoslayables que la lógica sistémica mientras exista impone, sin por ello interiorizar su núcleo duro.

Íntimamente relacionado con lo expuesto está el tema de la *reversibilidad*. La Época Dorada minó sus propios fundamentos en perjuicio de los trabajadores y es muy posible que la edad del neoliberalismo, la globalización económica de estas últimas décadas, la financiarización y el capital ficticio también hayan minado o estén en curso de minar los suyos. Cabe preguntar: ¿en perjuicio de quién?, porque, dentro del capitalismo, la reversibilidad no es simétrica para el capital y para el trabajo. El eventual retroceso de los intereses del primero tiende a chocar, antes o después, con los límites que establece la lógica del sistema, rebota en ella (espontánea, además de intencionadamente, el capital puede hacer huelga, quedándose en simple riqueza improductiva, haciendo que descienda la inversión y se desate una crisis económica, capaz de reubicar las posiciones relativas de los actores). El retroceso de las conquistas del trabajo, en cambio, tiene fundamentalmente límites marcados por la capacidad de resistencia social activa de los sectores directamente afectados, por la descomposición social difusa o por la rebelión de la sociedad en su conjunto contra las pretensiones del mercado autorregulado, porque los límites que derivan de la lógica sistémica son en este caso más laxos (en el fondo los más significativos serían los que provienen de la insuficiencia de la demanda agregada, a causa de la reducción de la masa salarial y del descenso del consumo final de las familias o los que surgen de un incremento de la incertidumbre, como consecuencia del aumento de la conflictividad social). En suma, no puede pensarse que las conquistas sociales vayan a ser espontáneamente acumulativas, porque son inherentemente reversibles, de forma que, para durar, tienen que ser defendidas por los sectores sociales que se benefician de ellas. Surge así el problema de la reversibilidad de los avances del trabajo y de las

INTRODUCCIÓN

grandes mayorías dentro del sistema capitalista y el de los alineamientos necesarios para consolidarlos.

Lo dicho conduce a reflexionar sobre la presencia de *intereses sociales*, porque la reversibilidad que acabamos de comentar no sólo deriva de la influencia gravitatoria de la lógica sistémica, sino de la acción de colectivos sociales con intereses y propósitos. Si es un hecho que los sectores sociales que se identifican con el capitalismo desregulado supieron aprovechar su oportunidad, trabajando en planos múltiples (teórico, social, político) hasta imponer su hegemonía, está por ver si las fuerzas más negativamente afectadas por el modelo imperante van a ser capaces de desarrollar una posición consistente y, eventualmente, un modelo alternativo, quebrando el espinazo del actual *statu quo* para poder asentarlo. La victoria capitalista en casi todos los frentes no ha propiciado el buen comportamiento de la economía, ni la generación de empleo, ni el bienestar y la calidad de vida, ni la sostenibilidad medioambiental. Pero eso no tiene nada de extraño. Los intereses de clase no tienen por qué identificarse con los del conjunto social y sus éxitos no son logros de virtualidad general. Lo que ha ido bien con la victoria del capitalismo desregulado han sido los intereses de los sectores más acomodados de la sociedad y sus colaterales. Aun así, han hecho predominar sus propuestas y es de todo punto previsible que intentarán mantenerlas, si se les da la oportunidad de hacerlo. Surge, entonces, la cuestión de si existe, en algún punto y grado, un grupo social que sea suficientemente consistente y cuyos intereses y propuestas aporten soluciones a los problemas generales de este tiempo. Es dudoso, pero aunque existiera no sería suficiente para que sus propuestas predominaran.

Es así porque en la fijación de prioridades, además de la base social, intervienen la dimensión política (aunque siempre planea la duda sobre cuál es el espacio real para luchar en el terreno de la democracia formal sin impregnarse de sus degeneraciones) y *el poder*. La lógica sistémica opera y determina un grado de reversibilidad en los procesos históricos, en buena medida movilizado y orientado por intereses concretos de grupos sociales, pero su concreción última va a depender de la forma en la que lo hagan los mecanismos de poder. En el terreno que nos ocupa, las prioridades

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

de la política económica no van a depender de una supuesta racionalidad, marcada por su capacidad de promover los intereses del conjunto de la sociedad, sino de relaciones de poder: de la fuerza y legitimidad de las organizaciones sindicales (basadas en la autodepuración, en el ensanchamiento de su base social, en su alejamiento del corporativismo reduccionista), de la posición relativa de los partidos políticos (los que, en principio deberían defender los intereses de las mayorías y los que se encuentran cómodos bajo el discurso del capital), del debate de ideas y de la creación de opinión pública (algo que concierne a los intelectuales y a los medios), de la correlación de fuerzas, en suma, entre las grandes mayorías de carentes, desposeídos y desfavorecidos relativos y las élites y sus colaterales. En última instancia, del poder. Esta reflexión es aplicable tanto a la virtualidad del Estado del bienestar bajo condiciones de neoliberalismo (supuesta preferencia de Glyn), como al capitalismo embrizado, asociable al reformismo radical y complejo (al que aluden Pollin y Jordi Roca y del que yo también me he ocupado en el segundo libro de *Economía política mundial*). Sería un error afirmar que de nada sirve entender lo que significa el anclaje sistémico, de nada ser consciente de la reversibilidad de los procesos, de nada someter a escrutinio el entrecruzamiento de intereses sociales. Sería un terrible error. Pero también lo sería contentarnos con hacerlo, ignorando la compleja y estricta dimensión de poder. Sin erosionar el de los grupos sociales contrarios y sin, simultáneamente, desarrollar el propio no hay estrategia que pueda conducir a un futuro que responda a los intereses de las amplias mayorías de la población mundial. Y no es nada fácil conseguirlo.

Aunque no deba infravalorarse el significado de una negación bien orientada —concreta y que sirva para acumular fuerzas— no puede olvidarse que negar es sólo el primer paso de la eventual construcción de un orden diferente. El derrumbe del socialismo real ha hecho desaparecer la lógica reproductiva que parecía existir frente al sistema capitalista, además de dañar, ¿irreversiblemente?, la credibilidad de la propuesta socialista, dejando falta de perfil identificable a la alternativa, que corre el riesgo de quedar relegada al plano de la mera negación, con ideas, pero sin un proyecto propio consistente.

INTRODUCCIÓN

Glyn observa que “tras haber hecho frente a los desafíos de los años setenta, el sistema capitalista del Norte no ha llegado al *final de la historia*, donde el crecimiento y la estabilidad estarían asegurados” (p. 227). Podríamos continuar diciendo que, muy al contrario, muchos grandes problemas siguen irresueltos, mientras han aparecido otros de nuevo cuño, tan o más importantes.

Sin embargo, las *tendencias* escuetas, nos gusten o no, para Glyn no son muy esperanzadoras en los países desarrollados, porque la combinación de radicación de la acumulación de capital en los países emergentes, débil inversión y deterioro de la relación real de intercambio de los países desarrollados por depreciación del tipo de cambio de sus monedas, aumento de la oferta de trabajo a escala mundial —al resultar accesible al capital, en el espacio mundial, enormes reservas de fuerza de trabajo— con debilitamiento de la capacidad negociadora y menor participación del trabajo en la renta nacional, unido a tendencias demográficas, en particular envejecimiento, y a crecientes restricciones medioambientales desemboca en que el crecimiento de la renta per cápita descenderá de forma muy substancial en los países ricos, de donde Glyn deduce, como consecuencia aparentemente natural, que continuará la presión sobre los niveles de vida de los trabajadores.

Pero, aunque constata esas tendencias, Glyn no es proclive a hacer predicciones sobre el futuro, porque, como él mismo afirma en la entrevista de *Socialist Review*, “la economía mundial es demasiado complicada y hay demasiados factores causales diferentes. No creo, como solía, que los conceptos de Marx deban aplicarse demasiado literalmente a los datos económicos”, aunque no puede menos de concluir que un muy bajo aumento en los niveles de vida medios, con más lento crecimiento económico, si se combina con creciente desigualdad en la distribución del ingreso, podría generar mayores conflictos en torno a cuestiones distributivas.

Cierra su reflexión, ya al margen de tendencias, con un toque que mezcla duda y escepticismo, cuando dice que “una cuestión más inmediata sería si tenemos elección a la hora de realizar políticas económicas y sociales” (p. 227).

De eso se trata, de evaluar cuáles son o cómo pueden construirse *itinerarios pensados desde la óptica de la sostenibilidad y las*

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

grandes mayorías, lo que equivale a decir caminos que defiendan los intereses de los hoy desposeídos y que sean viables a largo plazo. No tendría sentido que, además, pretendamos que sean rutas en las que todos confluyamos, porque pedirlo equivaldría a ignorar la existencia de intereses sociales controvertidos, en la que tanto énfasis hemos puesto.

Esta contraste con el grado de posibilidad, interpela todas las propuestas que están inspiradas por este tipo de propósitos. Limitándonos a los autores que han reflexionado sobre el libro de Glyn, también afecta a sus planteamientos, cuando postulan embridar al capitalismo desatado, en vez de sólo amortiguarlo, al modo al que parece resignarse Glyn. Pollin argumenta que "lo que satisfaría a los capitalistas como un 'adecuado' nivel de beneficios depende en conjunto del clima político, social y moral", lo cual proporciona un margen de actuación si se puede actuar sobre él, mientras que Roca reconoce que regular los mercados y planificar la actividad económica "representa un reto aún más difícil y las nuevas formas de regulación y planificación, especialmente en un mundo en el que la economía y también los problemas ecológicos son globales, está en gran medida por descubrir".

Pero ¿hay realmente margen para conseguir avances sustantivos en las cuestiones fundamentales? Intento buscar una respuesta, aunque sólo sea para comprobar su dificultad, acercándome, a título indicativo, a lo que concierne a la situación de los trabajadores y al papel que puede desempeñar la regulación consciente pública.

En lo que hace a *salarios reales y empleo*, no se pueden ignorar los cambios que se producen en el contexto histórico y mundial, pero no hay razón para no explorar políticas imaginativas de reparto del tiempo de trabajo y de establecimiento de renta de ciudadanía (sabiendo que explorar es lo contrario de dogmatizar), asumiendo progresivamente las implicaciones que alumbra la dimensión de género, evitando que en el debate teórico y en la práctica se confundan y trastoquen datos, parámetros, variables independientes y variables dependientes (porque no tienen el mismo carácter la pirámide demográfica, la lógica sistémica, la globalización económica existente, la actual plasmación institucional de la Unión Europea, la tasa de dependencia, la proporción de población activa

dentro de la gente en edad de trabajar, la de empleados dentro de la activa, la tasa de inversión, la especialización dentro de la división internacional del trabajo o la productividad).

Por su parte, la concreción de la *regulación consciente pública*⁶ se materializa en ámbitos, de distinto grado de generalidad, que van de la política económica al Estado del bienestar, a la presencia de empresas públicas o a la prestación pública de servicios sociales.

Hubo un tiempo, no demasiado lejano, en el que las prioridades de la política económica giraban en torno al pleno empleo y de su mano al crecimiento económico, la inflación y la gestión de las cuentas públicas. Conocemos la inversión que de forma progresiva se produce en las últimas décadas del siglo XX, agudizada en las dos últimas por la irrupción de la financiarización, con un discurso propio que, con sofisticados y no siempre sustanciosos argumentos teóricos, trastoca no sólo instrumentos, sino incluso objetivos. Reformular estos últimos y expurgar entre las herramientas disponibles, descartando algunas de las que hoy se presentan como dogmas, es una tarea tan necesaria como titánica, porque detrás de lo que existe hay una trama de intereses sociales y un complejo aparato de apoyo que se ramifica y reproduce, con recursos, en planos muy diversos, que van de la política a la creación de opinión o, incluso, a la producción de argumentación teórica.

Por su parte, si Estado del bienestar ha permanecido sin *jibarizarse* ha sido por su legitimidad y raigambre social —y lo ha hecho en mayor grado allí donde ha habido defensa del fondo de las prestaciones, con flexibilidad adaptativa en las concreciones—, ya que a la postre es la sociedad la que puede y tiene que defender y hacer evolucionar lo alcanzado. En su seno, las pensiones públicas, por ejemplo, descansan de nuevo en la percepción social de su legitimidad, pero también en los costes, capacidad adaptativa a un entorno demográfico y social cambiante, en la disposición a cambiar lo contingente (en la apertura, vinculada a la política social y de empleo, a extender la edad de jubilación o a buscar fórmulas que permitan jubilaciones parciales o voluntarias, si aumenta la esperanza de vida), para poder defender lo principal (que los que han trabajado y aportado a lo largo de su vida laboral perciban, cuando

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

ésta acaba, ingresos dignos, primer paso incuestionable antes de eventualmente reclamarlo, en el grado que corresponda, como derecho de ciudadanía).

En lo que se refiere a las empresas públicas y a la prestación pública de los servicios sociales hay dos lecturas de su defensa. La primera se construye aceptando entrar en el debate relativo a productividad, costes, calidad de las prestaciones, adaptabilidad a los cambios, potenciación de la motivación, legitimidad interna y social, competitividad integral. La segunda, en el fondo, pivota sobre la presentación como logros universales de lo que en realidad son corporativismo, aptitudes rígidas y enquistamiento de privilegios a costa del conjunto social. Desde la perspectiva del discurso planteado, la primera está cargada de sentido, mientras que la segunda es una excrecencia que pueden defender los directamente concernidos, pero que no puede presentarse como algo de interés general.

Los escenarios tampoco serán los mismos si nos conformamos con comprender e intervenir en lo que permite la simple gestión del presente, que si buscamos practicar transiciones más ambiciosas —aunque sea sin estación término predeterminada— o si intentamos avanzar hacia la construcción de un desarrollo alternativo, no circunscrito a lo que permite un anclaje sistémico absoluto en el capitalismo.

CLAVES PARA LA REFLEXIÓN SOBRE LAS NECESIDADES ESPAÑOLAS

Todo esto viene sugerido por la lectura del libro, porque su perspectiva utiliza una matriz interpretativa más compleja y una dimensión propositiva dinámica, compatible con el escepticismo del último Glyn sobre los itinerarios en contextos inciertos. Ayuda incluso a pensar concreciones espacio-temporales en las que él no se ha aventurado, porque la reflexión que suscitan sus análisis es aplicable a otros entornos. Puede ser el caso de la oscura e incierta situación que atraviesa al iniciarse la segunda década del siglo XXI la sociedad española. Termino con ello.

En efecto, en España, en el contexto general del capitalismo sin ataduras analizado por Glyn, hay una crisis de modelo económico que hunde sus raíces en una crisis social de calado y complejidad. Aunque a menudo no se reconozca y el debate se enrede en el análisis de consecuencias que se toman por causas, sólo asumiendo y tratando esta última, la crisis social, será posible dar respuesta a sus manifestaciones económicas, porque lo que es intratable desde una visión parcelada y estrecha, podría serlo en términos de proceso—aceptando los tiempos de maduración que objetivamente existen—y desde un enfoque totalizador, en cuyo seno se podrían compartir objetivos y hacer transacciones entre grupos sociales e intereses divergentes. Sin embargo, hoy por hoy, esta actitud, que algunos vemos como imprescindible, brilla por su carencia, es un verdadero agujero negro.

Tendríamos que incorporar la *dimensión medioambiental* al corazón de los planteamientos ecosociales, adelantándonos a lo que será pronto exigencia inexcusable para todos, haciendo de nuestra anticipación una ventaja relativa.

Habría que tomar en cuenta la lectura que nace de la perspectiva de *reproducción de la fuerza de trabajo y los cuidados*, ámbitos sin los que sólo puede lograrse un perfil parcial y sesgado de los problemas, que inhibe la búsqueda de verdaderas soluciones y la aplicación de respuestas integrales.

Necesitamos recuperar o insuflar en el cuerpo social *valores* de afán de superación, esfuerzo, solidaridad y tolerancia, que han ido cayendo a girones a lo largo de las últimas décadas de facilidad y euforia. Y hacerlos crecer en nuestras circunstancias específicas dentro del nuevo entorno mundial.

Tenemos que abordar, con todas las consecuencias, la transición desde un *modelo productivo* inviable a medio y largo plazo—por una presencia desmesurada de construcción y producción inmobiliaria y una pobre especialización en la división internacional del trabajo—hacia una actividad económica orientada a la producción de bienes y servicios verdaderamente útiles, que sean comprables por nuestro entorno, y no ficticiamente sustentada sobre fundamentos especulativos evanescentes.

Hay que colocar en primer plano la educación, la formación continua y la adaptación de la *fuerza de trabajo* a un contexto en

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

cambio permanente, trasladando de la retórica a la práctica la prioridad vagamente enunciada y nunca materializada con políticas de Estado y recursos.

No puede ocultarse la necesidad de pasar de un *tejido empresarial* orientado a las ganancias fáciles a otro que asuma, practique y desarrolle el contraste, el campo abierto y la innovación, sin dejarnos arrastrar por la tendencia a ocultar la influencia de esta dimensión al diagnosticar la crisis, evitando que prospere la que deja entrever que los problemas residen allende son otros.

Necesitamos un tratamiento del *mercado de trabajo* que asuma que la mercancía que en él se intercambia no lo es en sentido estricto —porque es espuria, ya que son personas y son las condiciones de vida de la población lo que en ella subyace— sin por ello confundir los intereses del conjunto de los trabajadores con los de determinados segmentos, profundizando en la solidaridad ciudadana y desnudando lecturas corporativas que se presentan como plasmación y símbolo del interés general.

En medio de las contradicciones y sin ignorarlas, tenemos que promover la *cohesión e identidad social y la regeneración de los agentes* marchitos (clase política, movimientos sociales, sociedad civil), sin caer en pretensiones de etérea armonía social. Vivimos en una sociedad contradictoria, pero en ella son de crucial importancia la adaptación y la buena calidad de las instituciones que permiten convivir y cambiar.

No hay otra opción que la de asumir y tratar de forma coherente la realidad y las *tendencias demográficas* (lo cual exige reflexión sobre las poblaciones en edad de trabajar, activa, empleada y dependiente), de nuevo sin corporativismos de visión estrecha (entre y dentro de las cohortes generacionales) y sin xenofobia rampante (interiorizando el significado y el tratamiento de la inmigración). Como sociedad no podemos permitirnos el lujo de mantener endémicamente altos porcentajes de población desempleada, por lo que tiene de intolerable agravio y de absurdo despilfarro. No hay excusas para no buscar soluciones, soluciones eficaces que pueden existir.

No podemos ignorar *el sistema impositivo y la estructura del gasto público*, que sólo si son verdaderamente sociales, podrán ayudar

INTRODUCCIÓN

a minimizar la desigualdad en la distribución de riqueza e ingresos y las excrecencias corporativistas.

Hay que trabajar para conseguir funcionalidad, articulación y sobriedad en la *Administración pública*, yendo desde la configuración territorial del Estado al tratamiento de las instituciones públicas básicas (calidad de la democracia, funcionamiento de la Justicia, control de la corrupción), porque es el camino necesario para conseguir la imprescindible recuperación de la potencialidad que late en una buena regulación consciente pública.

En suma, en un contexto mundial altamente complejo, estamos ante un problema profundo de la sociedad española, de su clase política, de los agentes sociales, de la sociedad civil, de la opinión pública, de los ciudadanos. Si no hay una reacción capaz de abordar el conjunto de problemas, segregando una nueva dinámica colectiva, el coste de enfrentar y superar la crisis actual puede ser duradero y de enorme entidad. Si la hay, como la hubo en otros momentos de nuestro pasado reciente, es muy posible que el país descubra en su seno vitalidad para encontrar respuestas, para salir del pozo oscuro en el que hoy se encuentra e iniciar la marcha hacia una sociedad de mayor bienestar y calidad de vida. No tiene por qué ser una carta a los Reyes Magos, pero puede serlo si, unos y otros, nos empeñamos en que lo sea. Pagáramos por ello, como antes han pagado otras sociedades. Sólo tenemos que mirar al análisis que, desde una perspectiva más general, hace Glyn de las tres décadas finales del siglo XX y de la forma en la que se ha iniciado el siglo XXI en las economías desarrolladas. No sólo es posible la reversibilidad, también lo es la regresión de una sociedad en su conjunto, si no es capaz de tratar eficazmente los problemas con los que se enfrenta. La anomia es una mala partera de futuro.

NOTAS

- * Catedrático de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid.
1. Tienen ese rango *British Capitalism, Workers and the Profit Squeeze*, escrito en 1972 con Bob Sutcliffe, y *Capitalism Since 1945*, con Philip Armstrong y John Harrison, publicado en 1991, análisis de los fundamentos, el desarrollo y la posterior erosión de la forma de funcionamiento del capitalismo de la larga posguerra.

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS

2. En esta línea, Jordi Roca resalta la forma novedosa en la que presenta datos conocidos y la construcción de series que permiten una visión de mucho más largo plazo (*Revista de Economía Crítica*, nº 7, 2009).
3. Algunas de las más significativas son Akerlof, G. A. y Shiller, R. J., *Animal Spirits. Cómo influye la psicología humana en la economía*, Gestión 2000, Barcelona, 2009; De la Dehesa, G., *La primera gran crisis financiera del siglo XXI. Orígenes, detonantes, efectos, respuestas y remedios*, Alianza Editorial, Madrid, 2009; Lordon, F., *El porqué de las crisis financieras y cómo evitarlas*, Cip-Ecosocial y Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009; Latouche, S., *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Icaria, Barcelona, 2009; Skidelsky, R., *El regreso de Keynes*, Crítica, Barcelona, 2009.
4. Insiste en esta línea en la entrevista a *Socialist Review* cuando señala que el resultado desde el punto de vista de la economía ortodoxa hubiera debido ser incremento de la inversión, rápida restauración del crecimiento y mayor empleo, apuntando que el que no se haya logrado de forma significativa puede ser debido, entre otras razones, al temor de inestabilidad.
5. Utilizo aquí la terminología que he empleado en *Economía política mundial* (tomo I y II, Ariel, 2007) para referirme a fenómenos llamados a tener una influencia profunda y duradera en la conformación y el comportamiento de la economía mundial.
6. Por regulación consciente pública puede entenderse lo que genéricamente se alude como intervención pública, pero que en el ámbito de la regulación debe distinguirse de la mercantil, la consciente privada y la difusa, categorías que he desarrollado con mayor amplitud en *Economía política mundial*, Ariel, 2007.